

Caballero Aragonés, que me hizo prisionero en cierto encuentro que tuvimos con los Españoles casi en el mismo sitio donde te encontramos, y prendimos. Llevóme á su Patria consigo, y habiéndome experimentado fiel, docil y apacible, mandó que se me diese buen trato. Con este motivo aprendí aquella lengua, y habiendo vuelto á la América en compañía del mismo Amo, el deseo natural de volver á ver mi Patria, y el amor de mis parientes me movió á escaparme, y restituirme á mi País. Desde entonces me consideraron mis paysanos como hombre particular, y me elevaron al sublime grado de Sacerdote, sirviéndolos al mismo tiempo de intérprete en las frecuentes ocasiones que ocurren sacrificios. Tú debes dar gracias á nuestros Dioses, de que yo hubiese aprendido el Español, puesto que debes la vida á esta feliz casualidad; por lo demás, si no se hubiera sabido tu verdadera Patria, infaliblemente hubieras sido inocente víctima de un sacrificio, para el qual á ninguno se perdona. Esto me dixo el Indio, y yo viendome ya donde no tenia que temer á mi Padrastro, insensiblemente me iba olvidando de la Sicilia, y aun de mi querida madre. No veía cosa que me disgustase en el trato de aquellas gentes, y poco á poco iba aprendiendo su lengua. No me disonaban sus ceremonias, y sin duda me hubiera hecho un perfecto Idólatra, si la Divina Providencia no me hubiera abierto camino para detestar de todo corazon un culto tan abominable.

CA-

CAPITULO VI.

Descubre el Soldado á la bella Matilde. Consultan los dos la manera de librarse de aquella apostasia. Se escapan del Canadá, y á donde los conduxo su fortuna.

Habia en la familia del Sacerdote un mozo, que parecia de mi edad, de quien él hacia particular estimacion. Nunca le dexaba hablar conmigo, y le tenia siempre cerrado con suma vigilancia. Andaba vestido como yo, á diferencia de todos los demás, que iban casi enteramente desnudos. En su bella disposicion habia un cierto no sé qué, que le hacia muy amable: sus ojos vivos y brillantes verdaderamente me encantaban, quando alguna vez se encontraban con los míos. Tenia yo grandísimos deseos de saber quien era, no dudando, que habria sido muy semejante á la mia su desgraciada suerte. Habíanse pasado muchos meses despues de mi habitacion entre los Indios, y aunque desde los principios fui inducido por el Sacerdote á declararme Catecúmeno de su Religion, todavia no me consideraba suficientemente instruido para abrazarla. Quería él que esta ceremonia se celebrase con la mayor so-

lem-

54 *Las Aventuras de Gil Blas.*
lemnidad, y en aquel día debía yo despojarme de mis vestidos, y parecer en público á la usanza de ellos. Mi pudor, aunque acostumbrado á objetos que continuamente le estaban ofendiendo, no se podia acomodar con aquella vergonzosísima costumbre, y la conciencia sentia mucho mayor dificultad en vencer el horror, que la causaba aquella detestable apostasia. Hacía mi Catequista todo lo posible para animarme á vencer todos estos espantajos (asi los llamaba él) de mi imaginacion y de mi delicadeza, insinuándome con una bestial filosofia, que los hombres debian imitar á los otros animales de la tierra, los quales no tenian otro vestido, que el que los Dioses les habian dado en su primitiva creacion. Y aunque mi estudio no alcanzaba á responder á su argumento, conociendo yo, que tenia mas de sofistico que de sólido, no me dexé persuadir. Lo que sé es, que si el temperamento de aquel País fuera tan frio como el de la Noruega y Países Septentrionales, en vano se rompería el Sacerdote del Canadá la cabeza, en quererme persuadir que anduviese desnudo. Mientras tanto se iba acercando el fatalísimo dia en que yo debía reconocer y adorar los Dioses Canadienses, sintiendo yo dentro de mí mismo una congojosa turbacion, que se aumentaba al paso que se aproximaba aquel funesto dia. Una noche, que poseído de una profunda melancolía, me estaba paseando por la plazuela de enfrente de nuestra
ca-

Lib. XIII. Cap. VI. 55
cabaña, y en que el Sacerdote habia salido de ella á dar providencia para la gran solemnidad que se estaba disponiendo, oí suspirar y llorar á una persona de un modo tan lastimoso, que movería á compasion á un peñasco. Apliqué atentamente el oído, por si podia discernir de dónde salian tan dolorosos gemidos, y conocí claramente, que salian de debaxo de un espesomatorral, que estaba á un lado de la plazuela, ó campillo por donde se entraba á nuestra cabaña. Lleno de curiosidad fui al instante hácia aquel sitio, y quando me hallé mas cerca de él, percibí con toda claridad, interrumpidas con las lágrimas, y en lengua Italiana, las siguientes palabras: *¡ Desdichada Matilde, con que tan distante de tu país nativo, y en países bárbaros y desconocidos, has de exponer tus castos y virginales miembros á los impúdicos y brutales ojos de una Nacion punto menos que irracional!* A estas voces se siguió un torrente de lágrimas, y un cierto ruido de manos, el qual me hizo sospechar, que aquella pobre muger se estaba arañando, y ensangrentando de sentimiento. Metíme prontamente en el matorral, y hablándola en el mismo idioma, en que ella se habia quejado: Matilde (la dixé) no eres sola en tu desgracia: aquí tienes compañero: baxo el mismo cielo en que tú naciste, nació yo, y tambien debaxo de otro mismo cielo amenaza á los dos la mayor de todas las desdichas. No bien habia pronunciado estas palabras, quan-
do

do conocí, que la tal muger era aquel que yo creía mozuelo, y cuyos ojos me habian hecho tanta impresion: por lo demás no dexaria ella de alegrarse de ser descubierta por una persona, cuya Patria, y semejanza de fortuna no podia menos de serla de mucho consuelo, y de no menor utilidad en la triste constitucion en que se hallaba; pero solamente me respondió estas palabras: desconocido Mancebo, si eres Italiano, exerce una virtud digna de tal nombre: libra á una noble doncella del peligro en que se vé, y sea mi muerte, recibida por tu caritativa mano, la que me escuse la verguenza de descubrir mi sexô á los lascivos ojos de toda una nacion brutal. Mientras le pude esconder, sufrí con paciencia la pérdida de mi libertad; pero me siento morir, quando pienso que me he de dar á conocer por muger á vista de un pueblo numeroso de Idólatras. Comprehendí entonces, que el pudor obraba con mayor fuerza que en mí, en aquella virtuosa doncella, y concibiendo desde aquel punto la inmutable resolucion de librarnos á los dos de la esclavitud en que nos hallábamos, ó perder antes la vida, comencé á confortarla, y á consultar con ella el modo de hacer efectiva mi resolucion. La misma Matilde me sugirió, que solo de noche se podia intentar con bastante seguridad, porque asi el Amo como todo el resto de la familia eran de un profundísimo sueño: fuera de eso me informó del quarto ó camarote que ella

ocupaba (porque todos estábamos en quartos separados) advirtiéndome la facilidad con que se podia entrar y salir de él, por ser de juncos ó mimbres entretegidias las puertas, y las paredes que formaban las divisiones. Al mismo tiempo me insinuó lo conveniente que sería que el día siguiente fuese yo á reconocer y examinar todos los senderos del bosque, á fin de tomar las medidas mas prudentes para efectuar nuestra fuga. Nos separámos despues uno de otro, por no hacernos sospechosos al Canadiense si volvía á casa, y nos encontraba en conversacion. Despues que volvió á ella, yo me fuí á dormir con grandes esperanzas de que nuestro proyecto tendria un éxito feliz, porque no se ofreció ningun inconveniente. Me levanté muy temprano el dia siguiente, recorrí el bosque, y en medio de él me hallé con un sendero llano, que conducía derecho al valle, en que caí en manos de los Canadienses, por donde corría aquel caudaloso rio, cuya corriente nos podia llevar á la casa del mercader Español, de que yo con tanta inconsideracion me habia alejado. Encontré la manera de dar aviso de todo á la bella Matilde, y mostrándose muy agradecida á tan importante servicio, esperámos los dos á que viniese la noche. Todos nuestros *contubernales* estaban sumergidos en el mas profundo sueño, quando silenciosamente, y paso entre paso nos salimos de aquella detestable caverna. Nos entramos en el bosque á merced de una

clara luna, que por nuestra buena suerte nos sirvió para que no torciésemos un punto del camino derecho, y dexando la choza á las espaldas, nos hallamos dentro de poco en el rio, cuya corriente fuimos siguiendo hasta salir de los montes. Era camino de muchas horas, y Matilde, poco acostumbrada á viages tan largos, se sintió sumamente fatigada quando llegamos á la llanura. No lo estaba yo poco; pero el miedo de que nos siguiesen y alcanzasen los Indios, me daba fuerzas para marchar mas adelante; y no pudiendo ella seguirme, determiné cargarla sobre mis espaldas, hasta ponerla en parage mas cómodo, y de mayor seguridad. Me acordé entonces de los sucesos del piadoso Eneas, que habia leído en la escuela de Barcelona, y me pareció que lo que yo estaba haciendo era mas heroico, que el hecho tan decantado del hijo de Anquises. Comenzó á despuntar el dia, y quando el sol principió á dorar las cimas de los montes, descubrí á lo lejos la casa del mercader Mexicano, que conocia muy bien.

Facil es imaginar el gozo que tendria, quando me ví cerca del término tan deseado. Me volví hácia mi dulce peso, y le dixé: bella Matilde, ya estamos en puerto seguro; no hay que temer que los bárbaros Canadienses nos obliguen á dexar nuestros vestidos, ni mucho menos á abrazar sus diabólicos ritos. ¿Ves allí aquella casa? pues es de un rico mercader Es-

pañol, establecido en México, conocido mio, donde nos recibirán con mil amores, y será tanta su alegría de volver á verme, quanto sería grande su dolor, quando me lloraron perdido. Volvió los ojos Matilde hácia donde yo la señalaba, y toda sobresaltada: ¡ah no! me respondió, no, jóven honradísimo, primero escogeria morir á manos de los bárbaros Indios del Canadá, que meterme en una casa, donde nuevamente peligraria mi honor, habiendo sido el teatro donde sufrí los mas infames é ignominiosos combates y atentados contra mi castidad: dexame volver al bosque á ser pasto de las fieras, antes que exponerme otra vez á las iniquas solitudes de un monstruo lleno de lascivia. Pronunció estas palabras de un modo que enteramente me sorprendió. Me alivié de su carga, y viéndola aferrada en su proyecto, determiné no separar mi suerte de la suya, y torciendo hácia la izquierda del camino, volvimos á encontrar el rio, á cuyas márgenes nos sentamos para reposar un poco. Estaba ya el sol tan alto, que se hallaba perpendicular á nosotros; y aunque nos veíamos en un sitio, donde los árboles hacian alguna sombra, era esta un defensivo tan corto, que Matilde sentia mucho mas que yo las incomodidades del excesivo calor, y á mí me atormentaba mas que á ella el no hallar modo para defenderla de los abrasados rayos que furiosamente la herian. Procuraba hacerla un poco mas de sombra con mi

persona, y no encontrabamos otro refrigerio, que el de un soplo de ambiente fresco á beneficio de los humedos vapores que se elevaban del rio. Pero detenernos en aquel sitio hasta que el planeta mayor se alejase de nosotros, era muy peligroso; por otra parte la incertidumbre de no saber donde abrigarnos aquella noche, nos solicitaba á proseguir quanto antes nuestro camino. En virtud de esto, despues de cerca de una hora de reposo, en la qual estuvo mi compañera altamente sumergida en tan profundo silencio, que no me atreví á estorbarla, volvimos á caminar, siguiendo siempre la corriente del rio, con la esperanza de hallar en sus orillas aunque no fuera mas que alguna choza pastoril, donde pasar aquella noche. Pero esto que sería facil en Europa, no era siquiera verosimil en aquella region de la América. Aun no habíamos tomado el mas mínimo alimento, y deseabamos encontrar alguna fruta silvestre, ó algun animal selvático de aquellos con que nos sustentabamos entre los bárbaros; porque no hay cosa mas insufrible que el hambre. Yo estaba tan impaciente, que por poco no me quejé agriamente de la obstinacion de Matilde en no haber querido proseguir nuestro viage á pesar de todos los peligros á que nos veíamos expuestos. Elevábase hácia nuestra mano derecha un empinado monte, que debia hacernos temer vernos otra vez entre las manos de los Salvages del Canadá, ó servir de pasto á las fieras. Parecía que todas las

las cosas conspiraban en nuestro daño, y condenaban nuestra temeraria-resolucion. No obstante Matilde se mostraba superior á todo, y quando por la mañana se habia fatigado tanto, que me fué forzoso cargarla sobre mis espaldas, por la tarde la ví con un aliento, que dexaba muy atrás á mis varoniles esfuerzos. Fuera de esto mostraba una alegría en el semblante, que verdaderamente me admiraba, y un valor, que despreciaba animosamente todos los peligros. Iba ya á ponerse el sol, y era preciso pensar en ponernos á cubierto contra el rocío de la noche, que en aquel clima es tan copioso como nocivo. Fué nuestra fortuna, que á la falda del erguido monte descubrimos una luz, que nos hizo creer que habitaba alguna persona en aquellas cercanías. Y no podíamos temer que fuese alguna cabaña de Bárbaros, acostumbrados á la verdad á tener su habitacion en los montes y en las sierras; lo uno porque aquel sitio estaba muy expuesto á las correrías de los Europeos, y lo otro porque los Indios nunca tenían luz en sus barracas, por el miedo de ser descubiertos, segun lo habíamos observado en el largo tiempo que estuvimos entre ellos.

Enderezámos, pues, nuestros pasos hácia donde nos convidaba la luz, y en breve tiempo nos vimos tan cerca de ella, que pudimos claramente conocer que era una linterna, ó pequeña lámpara, que ardía delante de una devota y sagrada Imágen, esculpida en una piedra.

dra. Quando vimos burlada nuestra esperanza de hallar el deseado refrigerio á la hambre que padecíamos, y el descanso tan necesario á nuestros fatigados miembros, nos mirámos uno á otro sin hablar palabra; pero Matilde sacudió presto de sí aquella especie de estupidez, diciendo: una luz encendida en este sitio, y delante de aquella Santa Imagen, es señal de que no está lejos alguno que la enciende, y sin mas ver tengo por cierto que será por lo menos un bonísimo Christiano. Recorramos atentamente este parage, y Dios nos descubrirá el devoto varon que rinde á la Santa Imágen este culto. Però ante todas cosas arrodillemonos devotamente ante la misma, é imploremos su proteccion. Asi lo hicimos, mas si la oracion de Matilde no fué la que penetró los cielos, la mia ciertamente no llegó tan allá, porque la consternacion en que me hallaba no permitia que el corazon atendiese á lo que pronunciaba la lengua. Luego que mi heroina cumplió con su devocion, se puso en pie, y volviéndose hácia mi mano izquierda, descubrió á poca distancia en la tierra un boqueron, que servia de ventana, tronera, ó respiradero á una profunda caverna, en cuyo fondo se veía encendido un fuego mas que mediano. Esto me alegró en extremo, y recobrado algun tanto mi espíritu: hé aquí (exclamé) que gracias á la divina Providencia, ya estamos esta noche á cubierto, y en seguro.

CAPITULO VII.

Recoge el Anacoreta del Canadá al Soldado, y á Matilde. Descripcion de su retiro, y como se les dió á conocer por Gil Blas de Santillana.

Oyó estas palabras el que habitaba la caverna, y tomádo en la mano un tizón encendido, como si fuese una vela, se vino á nosotros, diciendo: ¿quiénes son estos huespedes que la providencia ha traído á honrar un sitio tan separado de todo el resto del mundo? Somos, respondió Matilde, dos infelices dichosamente escapados de los bárbaros Canadienses, á quienes sirvió de guía vuestro farol, para turbar vuestra quietud por esta noche. El buen hermitaño, que por su larga y blanquísima barba, por su cuerpo encorbado y sostenido de un báculo, por su voz trémula y baxa mostraba pasar ya de cien años, mirándonos atentamente con sus ojos medio anublados: seáis muy bien venidos, hijos míos, nos dixo con grandísimo cariño, y con no menor urbanidad. Entrad á serviros de mi casa y de mis bienes; reposad en ella que tendreis necesidad, miéntras yo voy á disponer la cena, que espero no os desagradará, porque pienso que el hambre y el cansancio os habrán fatigado bien por iguales partes. Así es,